



Consejo Latinoamericano de Iglesias
www.claiweb.org

Curso de Diaconía Ecuménica

III. La diaconía ecuménica es una diaconía profética

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,
Procuradora de justicia

TERCERA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es una diaconía profética

¿Cuándo se dice que la diaconía es profética? La mayoría de los profetas del Antiguo Testamento hicieron difícil la vida a los demás, y en ocasiones, provocaron incluso el enfado de quienes les rodeaban. Lo que ellos decían raramente fue escuchado con placer por los poderosos, quienes de alguna forma pretendían tener el destino de la humanidad en sus manos. La función de los profetas fue levantar sus voces para denunciar los males y anunciar su visión del mundo y de los seres humanos, una visión que habían recibido de Dios.

Pero, ¿por qué llamamos a la diaconía “profética”? La profecía es, en verdad, distinta de la diaconía, pero la diaconía puede ser profética en cuanto es realizada en el nombre de Dios. Cuando Jesús sanó enfermos un sábado (*Sabbath*),^[7] estaba actuando proféticamente y en nombre de Dios. Estaba proclamando, por medio de su acción, que el ser humano es más importante que la ley. “Porque el Hijo del Hombre es señor del sábado” (Mateo 12, 8).

De esta manera, la diaconía, el servicio de Dios a nuestros semejantes, hombres y mujeres, tiene como objetivo la presencia concreta de Dios. La diaconía es la señal de Dios con y entre nosotros, Emanuel (Isaías 7, 14). Y esta señal nos es dada a través de la acción de Dios, allí donde la vida está amenazada. En medio de esa realidad, es necesario actuar con palabras y con hechos: ¡Basta! ¡Las cosas no pueden seguir así! Se requiere con urgencia una conversión de los valores. Tenemos que testificar con nuestras acciones de la misma manera en que lo hizo Jesucristo: “Hagan como yo hice”.

**Una perspectiva de la diaconía ecuménica desde el Antiguo Testamento:
Eliseo**

Eliseo nunca está solo, siempre aparece acompañado por mucha gente, y en este sentido es muy diferente de su maestro Elías, a quien la soledad le permitía descubrir la presencia de Dios. (1 Reyes 19).

Eliseo siempre se encuentra rodeado de personas. En el ciclo de Eliseo se hace más evidente la existencia de la comunidad de los profetas y de sus discípulos: hombres, mujeres y niños, soldados y gente enferma, extranjeros y reyes. Mientras más gente, ¡mejor! Y precisamente esta pluralidad de individuos sociales es la materia prima con la que Eliseo construirá su profecía.

En este sentido, la profecía se organiza principalmente sobre la base de la experiencia y la lucha de las mujeres en su cercana y sustentadora relación con los niños, que son aquellos que más la necesitan. El movimiento profético — especialmente los ciclos de Elías y Eliseo— se levanta como un encuentro, una reunión y una organización de esas experiencias; y ello, a su vez, demanda la búsqueda y el desarrollo de nuevos procedimientos respecto de la vida cotidiana como un espacio político y teológico lleno de posibilidades y opciones... El ciclo de Eliseo revela su lucha contra la idolatría en el ámbito del hogar, es decir, en el trabajo doméstico que aparece en esa época como el escenario favorito para la acción de los mecanismos de opresión económica, y requiere el control y la idolatría de todas las relaciones domésticas.

Al compartir todas esas “historias milagrosas” se fortalece la fe de la gente que se siente estimulada a luchar por una vida mejor. La diaconía profética de Eliseo consistió en ayudar a su pueblo a transformar mediante *actos de fe* su propia realidad de opresión. Los hechos proféticos de Eliseo ocurren en el contexto de la vida cotidiana del pueblo, donde ese tipo de experiencias siguen siendo necesarias hoy.

Otra perspectiva de diaconía: Miqueas o la misericordia y la compasión

La afirmación de que existe unidad entre la ayuda directa y la acción profética que busca enfrentar las causas en sus raíces, también forma parte de un creciente consenso ecuménico. Rechazamos la falsa dicotomía entre *el servicio y la justicia*, y buscamos expresar una respuesta cristiana que asuma las inmediatas necesidades humanas de tal manera, que contribuya a los cambios estructurales necesarios para eliminar las razones del sufrimiento y de la calamidad de los seres humanos. Aquí, el poderoso testimonio de la tradición profética bíblica orienta nuestra comprensión de la diaconía.

Esto fue expresado con ejemplar vigor por el profeta Miqueas, el cual, llamando a Israel a la fidelidad a Dios, rechazó los sacrificios y los actos de adoración porque eran insuficientes para superar la opresión y la injusticia, y simplemente afirmó:

“Hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6, 8).

En este pasaje vemos la unidad de la justicia y del servicio misericordioso que puede ser interpretado como un servicio “compasivo”. Sin embargo, el término “misericordia” tiene que ser entendido adecuadamente, porque puede connotar cosas insuficientes e incluso peligrosas, tales como el “sentimiento de compasión” que acarrea el peligro de no venir acompañado de una práctica consecuente; las “obras de misericordia” que podamos realizar, con el posible abandono de un adecuado y minucioso examen de las *causas* que provocan el sufrimiento, y la asistencia a las necesidades individuales, que conlleva el riesgo de pasar por alto la *transformación de las estructuras*. Además, existe el peligro de incrementar la dependencia de las personas a través de las acciones misericordiosas.

En consecuencia, es mejor apoyarse en lo que Jon Sobrino ha sugerido: “el principio-misericordia”, que es el principio en el que se fundamentan las acciones de Dios y de Jesús, y en el cual deberían sustentarse también las de la Iglesia.[8]

Las demandas éticas de la diaconía profética

Las demandas de la diaconía profética son de carácter ético. Se trata del cambio de la “vieja naturaleza” a una “nueva naturaleza”, como ocurre con la exigencia profética en Ezequiel 36, 26-28. Para que ello ocurra, nuestros “corazones de piedra” tienen que ser transformados en “corazones de carne”. La promesa de Dios viene de la mano con esta transformación.

“Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra”. (Ezequiel 36, 26-27).

El mensaje profético —cuando rescata la historia o hace una nueva lectura de la ley— no busca ser una pieza de museo, sino iluminar y transformar el presente.

Es un llamamiento a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. La vida en obediencia de fe trae consigo bendiciones y bienestar (*shalom*).

Sin embargo, considerando la misericordia y la compasión que debemos practicar en nuestras acciones diaconales proféticas, entendemos que se trata de mucho más que de cumplir un mandamiento o una orden. Porque cuando Jesús presenta al Samaritano como un ejemplo de alguien que cumplió el mandamiento de amar al prójimo, no hay nada en la parábola que indique que el Samaritano estaba cumpliendo una regulación. Él lo hizo motivado justamente por un sentido de misericordia.

Más aún, cuando en el Antiguo Testamento se proclama “el año agradable del Señor”, como en Isaías 61, 9 ss, no aparece, en el contexto de esa proclamación profética, referencia alguna a arreglos legales. En cambio, la salvación de Dios se anuncia en términos de “buenas nuevas a los oprimidos... libertad a los cautivos... liberación de los prisioneros”. Este pasaje representa el vínculo entre las tradiciones veterotestamentarias del Jubileo y el Nuevo Testamento. (Ver Lucas 4, 16-30).

Durante el año sabático, los campesinos debían dejar la tierra sin cultivar para posibilitar así un descanso completo no solo a la tierra, sino también a los sirvientes y a los animales. En ese año los esclavos eran liberados y las deudas canceladas. Todas esas medidas eran parte de la tradición del Jubileo. Es verdad, por otro lado, que el concepto de Jubileo va más allá del año sabático. En el año del Jubileo, todas las personas tenían la posibilidad de regresar a la tierra de sus padres. En el contexto de la reconstrucción de la comunidad después del retorno del exilio en Babilonia, el Jubileo fue un importante sustento para todas las familias y miembros de la comunidad.

Ahora bien, como se señala en Levítico 25, 8-9, el Jubileo debía ser anunciado con el sonido de la trompeta. Es el día de la penitencia. Día en el cual la comunidad judía pide la liberación de los pecados y la reconciliación con Dios y entre los miembros de la comunidad. En consecuencia, el mensaje del Jubileo es un mensaje de reconciliación.

La acción liberadora de la penitencia se prolongaba durante todo un año. Las prescripciones del Jubileo describen los elementos esenciales de la alianza del Pacto. Las injusticias, las exclusiones y la esclavitud, resultados de la distorsión de las estructuras sociales y económicas, debían ser sometidas a correcciones periódicas.

El objetivo del Jubileo era romper el ciclo de dominación y dependencia, mediante la proclamación de la reconciliación y la liberación, a la vez que imponer límites al ejercicio del poder. Aquellos que controlan los factores básicos de la vida económica –las tierras, la fuerza de trabajo y el capital– tenían que limitar su ejercicio del poder e incluso ceder ese poder, para restaurar la base y el espacio a fin de que los pobres y excluidos tuvieran acceso a una vida digna. Tenían que practicar la misma generosidad y justicia que Dios manifiesta en el acto de penitencia y reconciliación.

Jesús mismo resumió la interpretación del mensaje del Jubileo con estas palabras: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”. (Lucas 4, 20) En Jesús se cumple la promesa divina de la reconciliación como proclamación del Jubileo final del reinado de Dios. La vida y la muerte de Jesús son para nosotros un ejemplo de alguien que abandonó su poder y su condición de ser Dios para convertirse en un ser humano, y de esa manera abrir un espacio para la reconciliación en nuestra historia. Así, a la luz de Jesús, el Jubileo trae consigo un mensaje de alegría y de esperanza para todos y cada uno de los seres humanos.

Una perspectiva de diaconía profética hoy

La Iglesia de nuestros días está preocupada con un mundo que sufre, y se halla interesada en caminar lado a lado con ese mundo. Cuando nos acercamos al problema del sufrimiento, el mensaje profético más relevante que una teología de carácter trinitario y cristocéntrico puede aportar a la Iglesia, es el de que el camino de la cruz es inevitable. Incluso si ya en el presente experimentamos el poder de la resurrección en nuestras vidas por medio del Espíritu (Romanos 6, 4b), en su misión actual y en el contexto de sufrimiento en que vivimos hoy, la Iglesia no puede alcanzar la resurrección si es apartada en éxtasis del camino de la cruz.

La Iglesia no será capaz de encontrar el alivio para los demás sin tomar sobre sí misma la carga de su sufrimiento, a la manera de Jesús. Por esto, la diaconía profética tiene que desafiar a la comunidad de fe para que desarrolle estrategias contextuales concretas encaminadas a luchar contra las causas del sufrimiento individual, estructural y cósmico. En la búsqueda de ese objetivo, la Iglesia debe volver los ojos a todos los recursos interdisciplinarios ofrecidos por la diversidad de dones espirituales. De igual forma, la Iglesia debe tomar en consideración las dimensiones de consolación, prevención, curación y transformación del sufrimiento.

Robert J. Schreider nos recuerda que “cuando ofrecemos la copa en la eucaristía, estamos asumiendo compromisos muy serios. Aquellos que presiden la eucaristía y ofrecen la copa, presentándola a la congregación durante la oración eucarística y ofreciéndola a Dios en adoración, tienen que preguntarse: Cuando presentamos esta copa, ¿podemos presentarnos legítimamente como individuos que pueden en verdad resumir los sufrimientos del cuerpo vivo de Cristo hoy — la Iglesia— y ofrecérselos a Dios? Y cuando los ministros y creyentes ofrecen y reciben la copa en la comunión, diciendo “ésta es la sangre de Cristo” y afirmándolo con un amén, tienen asimismo que preguntarse: ¿Estamos listos para asumir los sufrimientos del cuerpo vivo de Cristo? ¿Tenemos el coraje de ofrecer esa copa de sufrimiento a otro, conociendo que seguir a Jesús nos traerá conflicto y adversidad? Levantar y recibir la copa es un compromiso a compartir en la solidaridad más profunda con las víctimas de este mundo, aquellos que sufren dolor, aquellos que esperan la redención”.

Hemos sido llamados a dar testimonio (*martyria*) del Cristo Resucitado de cara al mundo de la muerte. Dios afirma la vida. Dios no puede ser adorado con el sacrificio de vidas humanas. Para ponerlo en palabras más concisas, hemos despertado de un sueño de no-humanidad a una realidad de humanidad. Hemos aprendido a ver a Dios desde la perspectiva del mundo de las víctimas y hemos aprendido a ver ese mundo desde la perspectiva de Dios. Hemos aprendido a hacer de la misericordia una práctica cotidiana y a encontrar sentido y alegría en esa práctica.

Dado que hemos venido haciendo de la misericordia una realidad por medio de la diaconía profética, hemos aprendido que para vivir como seres humanos nada es más importante que la práctica de la misericordia hacia la gente crucificada, y nada es más humano y humanizador que la fe en el Dios de Jesús. Dado que hemos visto esa fe transformada en actos y realidades en numerosas acciones de solidaridad en muchos lugares, lo que hemos aprendido de nuevo es a decir “gracias”. En virtud de todo esto, la vida y la fe tienen un sentido muy profundo.

Diálogo con el grupo